

siempre en pos de la anarquía. Si los pueblos europeos tienen algo de que dolerse con respecto al ilimitado poder que ejercieron los monarcas, si tienen que lamentarse de que se hundieran todas las formas representativas, que podían ser una garantía de sus libertades; pueden agradecer al Protestantismo, que esparciendo por toda Europa los gérmenes de la anarquía, creó una necesidad imperiosa, urgente, imprescindible, de centralizar el mando, de fortificar el poder real, de que se obstruyesen todos los conductos por donde pudieran expresarse principios disolventes, de que se separasen y aislasen todos los elementos que con el contacto y el roce eran susceptibles de inflamarse y de acarrear conflagraciones funestas.

Todos los hombres pensadores habrán de convenir en esta parte conmigo; y en el modo de considerar el engrandecimiento del poder absoluto de Europa, no verán más que la realización de un hecho observado ya de antemano en todas partes. Por cierto que los monarcas de Europa no pueden compararse ni en su origen ni en sus actos, con los déspotas que con este ó aquel título se han apoderado del mando de la sociedad, en aquellos momentos críticos en que estaba á punto de disolverse; pero bien podrá decirse, que la ilimitación de su poder ha provenido también de una gran necesidad social, de que sin una autoridad única y fuerte, no era posible la conservación del orden público. Espanto causa el dar una ojeada por la Europa después de haber aparecido el Protestantismo. ¡Qué disolución tan asombrosa! ¡Qué extravío de ideas! ¡Qué relajación de costumbres! ¡Qué muchedumbre de sectas! ¡Cuánto encono en los ánimos! ¡Cuánto encarnizamiento y ferocidad! Disputas acaloradas, contiendas interminables, acusaciones, recriminaciones sin fin; disturbios, revueltas, guerras intestinas, guerras extranjeras, batallas sangrientas, suplicios atroces; hé aquí el cuadro que presentaba la Europa; hé aquí los efectos de la manzana de discordia arrojada en medio de pueblos hermanos. ¿Y qué había de resultar de esa confusión, de ese retroceso en que parecía la sociedad encaminarse de nuevo á los medios de violencia, y á sustituir el hecho al derecho? Lo que había de resultar era lo que resultó: que el instinto de conservación más fuerte que las pasiones y delirios de los hombres, había de prevalecer, y había de sugerir á la Europa el único medio que tenía de salvarse, y era: que el poder

real, que á la sazón había adquirido mucho auge y poderío, acabase de llegar á la cumbre; que allí se aislase, se separase enteramente del pueblo, impusiese silencio á las pasiones; lográndose con la fuerza de una institución muy poderosa, lo que hubiera podido obtenerse con la acertada dirección de las ideas; neutralizándose con la robustez del cetro el impulso de destrucción que había sufrido la sociedad.

Esto si bien se mira está representado por lo acontecido en 1680 en Suecia, cuando se sometió enteramente á la libre voluntad de Cárlos XI; en 1669 en Dinamarca, cuando la nación fatigada de anarquía, suplicó al rey Federico III que se dignase declarar la monarquía hereditaria y absoluta, como en efecto lo hizo; en 1747 en Holanda, con la creación del Stathouder hereditario; y si queremos ejemplares más violentos podemos recordar el despotismo de Cromwell en Inglaterra en pos de tantas revoluciones, y el de Napoleón en Francia después de la república (11).

---

## CAPITULO LXIV.

---

**C**UANDO estaban encarados á manera de rivales en liza los tres elementos de gobierno, la monarquía, la aristocracia y la democracia, el medio más á propósito para que prevaleciese la primera con exclusión de las demás, era arrojar á una de estas en el camino de las demasías y excesos. Entonces se creaba una necesidad imprescindible de que un centro de acción, único, fuerte, libre de toda traba, pusiera coto á los desmanes, y asegurase el orden público.

Cabalmente el elemento popular se hallaba entonces en una posición, bien que llena de esperanzas, nada escasa empero de peligros; para conservar la influencia adquirida y granjearse mayor ascendiente y poderío, era menester que anduviera con mucha

circunspeccion y miramiento. El poder real era ya á la sazón muy fuerte; y como una parte de su fuerza la habia alcanzado poniéndose de parte del pueblo en las luchas y contiendas que este tenia con los señores, el poder del monarca se presentaba como el protector nato de los intereses populares. Esto entrañaba mucha verdad; mas no dejaba de abrir espaciosa puerta para que los reyes pudieran ensanchar ilimitadamente sus facultades, á expensas de los fueros y libertades de los pueblos.

Un gérmen de division existia entre la aristocracia y los camunes, lo que prestaba ocasion á los reyes de escatimar y cercenar á los señores sus derechos y poder, pudiendo estar seguros de que toda medida que á este fin se encaminara, hallaria buena acogida en la multitud. Pero en cambio tambien podia estar seguro el monarca de que no seria mal mirado por los señores todo acto dirigido á doblegar la cerviz de ese pueblo, que tan erguida empezaba á levantarla cuando se trataba de resistir á los aristócratas feudales; y en tal caso, si el pueblo se propasaba á demasías y desmanes, si se veian prohijadas por él máximas y doctrinas subversivas al orden público, nadie habia de poner obstáculo á que le enfrenase el monarca por todos los medios posibles. Siendo los grandes quienes tenian fuerza para hacerlo, se hubieran abstenido de realizarlo; ya para que no se desencadenase enteramente contra ellos mismos, y no les arrebatare con las prerogativas y honores hasta las propiedades y la vida; ya tambien porque siendo su rival el pueblo de muchos siglos antes, y enconada esta rivalidad por tantos y tan porfiados combates, era regular que mirasen con secreta complacencia la humillacion de aquel que acababa de humillarlos; y que ayudaran á esto con todas sus fuerzas, dado que la mala direccion que comenzaba á tomar el movimiento popular les ofrecia ocasion de satisfacer su venganza, cubriéndola con el velo de la utilidad pública.

Contaba á la sazón el pueblo con algunos medios de defensa; pero si llegaba á quedarse aislado, y en oposicion con el trono, eran esos medios sobrado débiles para que pudiera prometerse la victoria. El saber no era ya un patrimonio exclusivo de ninguna clase privilegiada; pero es menester confesar que no habia trascurrido el tiempo necesario para difundirse los conocimientos hasta el punto de que pudiera formarse una opinion pública, bastante poderosa para influir directamente sobre los negocios de go-

bierno. La imprenta si bien ya comenzaba á dar sus frutos, no se habia desarrollado de manera, que las ideas adquirieran aquel grado de movilidad y rapidez que han alcanzado en tiempos posteriores; á pesar de los esfuerzos que se hacian por todas partes en pro de la difusion de los conocimientos, basta tener alguna noticia de la naturaleza y carácter de estos en aquella época, para quedar convencido de que no eran á propósito, ni en su fondo ni en su forma, para que participasen mucho de ellos las clases populares.

Con el desarrollo de las artes y comercio, se formaba á la verdad un nuevo género de riqueza, que por precision debia ser el patrimonio del pueblo; pero estaban aun en su infancia, y no habian alcanzado aquella extension y arraigo á que han llegado despues, hasta enlazarse intimamente con todos los ramos de la sociedad. A excepcion de uno que otro pais muy reducido, el nombre de comerciante y artesano no tenia el prestigio suficiente para que con este solo titulo se pudiera ejercer mucha influencia.

Atendido el curso de las cosas, y la altura á que se habia levantado el poder real sobre las ruinas del feudalismo, antes de que el elemento democrático pudiera hacerse respetar lo bastante, el solo medio que se ofrecia para poner limites á la potestad de los monarcas, era la union de la aristocracia con el pueblo. No era fácil semejante empresa, cuando hemos visto que mediaban entre ellos enconadas rivalidades; y estas eran inevitables hasta cierto punto, pues que tenian su origen en la oposicion de los respectivos intereses. Pero es menester recordar que la nobleza no era la única aristocracia, pues existia otra, todavia mas fuerte y poderosa que ella: el clero. Tenia á la sazón esta clase, todo aquel ascendiente é influencia que dan los medios morales unidos con los materiales; pues además del carácter religioso que la hacia respetable y veneranda á los ojos de los pueblos, poseia al propio tiempo abundantes riquezas, con las cuales al paso que le era fácil grangearse de mil maneras la gratitud, y asegurarse influencia, podia tambien hacerse temer de los grandes y respetar de los monarcas. Y hé aquí un yerro capital del Protestantismo: quebrantar entonces el poder del clero era apresurar la completa victoria de la monarquía absoluta, era dejar al pueblo sin apoyo, al monarca sin freno, á la aristocracia sin trabazon, sin principio de vida: era impedir que pudieran combinarse sazónadamente los

tres elementos monárquico, aristocrático y democrático, para formar el gobierno templado, á que parecían dirigirse casi todas las naciones de Europa.

Ya se ha visto que no convenia entonces dejar al pueblo aislado, porque su existencia política era todavía muy débil y precaria; y es no menos claro que si la nobleza habia de quedar como un medio de gobierno, tampoco era conveniente dejarla sola; pues que no entrañando esta clase otro principio vital que el que le daban sus títulos y privilegios, no podia sostenerse contra los ataques que el poder real le dirigiria de continuo. Mal de su grado le era preciso plegarse á la voluntad del monarca, abandonando los inaccesibles castillos para trasladarse á representar el papel de cortesana en los lujosos salones de los reyes.

El Protestantismo quebrantó el poder del clero, no solo en los países en que llegó á establecer sus errores, sino tambien en los demás; porque allí donde él no pudo introducirse, se difundieron un tanto sus ideas en la parte que no estaba en abierta oposicion con la fé católica. Desde entonces el poder del clero quedó sin uno de sus principales apoyos, cual era la influencia política del papa; pues no solo los reyes cobraron mayor osadía contra las pretensiones de la sede apostólica, sino tambien los mismos papas para no dar ningun pretexto ni ocasion á las declamaciones de los protestantes, debieron andar con mucha circunspeccion en lo perteneciente á negocios temporales. Todo esto se ha mirado como un progreso de la civilizacion europea, como un paso hácia la libertad; sin embargo el rápido bosquejo que acabo de presentar con respecto á la política, manifiesta claramente que lejos de seguirse el camino mas acertado para desenvolver las formas representativas, se anduvo por el sendero que conducia al gobierno absoluto.

El Protestantismo como interesado en quebrantar de todos modos el poder del papa, ensalzó el de los reyes hasta en las cosas espirituales; y concentrando de esta manera en sus manos el temporal y espiritual, dejó al real sin ningun linaje de contrapeso. Así, quitando la esperanza de alcanzar libertad por medios suaves, arrojó á los pueblos al uso de la fuerza, y abrió el cráter de las revolucionés que tantas lágrimas han costado á la Europa moderna.

Si las formas de libertad política habian de arraigarse y per-

feccionarse, era necesario que no salieran prematuramente de la atmósfera en que habian nacido: y toda vez que en esa atmósfera habia el elemento monárquico, el aristocrático y el democrático, todos fecundizados y dirigidos por la religion católica, toda vez que bajo la influencia de la misma empezaban á combinarse suavemente, era menester no separar la política de la religion; y lejos de mirar al clero cual si fuera un elemento dañino, importaba considerarle como un mediador entre todas las clases y poderes, que templara el calor de las luchas, pusiera coto á las demasías, y no permitiera el prevailecimiento exclusivo ni del monarca, ni de los grandes, ni del pueblo. Siempre que se trata de combinar poderes é intereses muy diferentes, es necesario un mediador, es necesario que intervenga algo que impida los choques violentos; si este mediador no existe por la naturaleza de las cosas, es preciso crearle con la ley. Por lo cual, sube muy de punto la evidencia del daño que hizo á la Europa el Protestantismo, pues fué su primer paso aislar completamente al poder temporal, ponerle ó en rivalidad ó en hostilidad con el espiritual, y dejar al monarca frente á frente con el pueblo solo. La aristocracia lega perdió desde luego su influencia política, porque le faltó la fuerza y trabazon que sacaba de estar mezclada con la aristocracia eclesiástica; y reducidos los nobles á la esfera de cortesanos, encontróse sin contrapeso el poder del rey.

Ya lo he dicho, y lo repito aquí; muy útil fué para la conservacion del orden público, y por tanto muy conducente para el desarrollo de la civilizacion, el que se robusteciese el poder real, aun cuando fuera á expensas de los derechos y libertades de los señores y de los comunes; pero ya que mientras se confiesa esta verdad, no se escasean los lamentos por el exceso que tomó ese poder, es necesario considerar que una de las causas que mas contribuyeron á ello, fué el sacar al clero del juego de la máquina política. A principios del siglo xvi ya no estaba la cuestion en si habian de conservarse esa muchedumbre de castillos desde donde un orgulloso varon dictaba la ley á sus vasallos, y se creia con facultades para desobedecer las disposiciones del monarca; ni tampoco en si habian de conservarse ese ormiguero de libertades comunales, que no tenian ninguna trabazon entre sí, que estaban en oposicion con las pretensiones de los grandes, que embarazaban la accion del soberano, é impedian la formacion de un gobierno central.

que asegurando el orden y protegiendo todos los intereses legítimos, diera impulso al movimiento de civilización que con tanta viveza había comenzado. No estaba en esto la cuestión, porque los castillos iban allanándose á toda prisa, los señores iban descendiendo de sus fortalezas para mostrarse mas humanos con el pueblo, ceder á sus exigencias é inclinar con respeto la frente ante el poder del monarca; y los comunes precisados á entrar en la amalgama que se iba haciendo de tantas pequeñas repúblicas para formar grandes monarquías, se veían forzados á sufrir que se escatimasen y cercenasen sus fueros y libertades en la parte que se oponía á la centralización general.

La cuestión estaba en si había algun medio de que alcanzando los pueblos los beneficios que había de traerles la centralización y engrandecimiento del poder, era dable al propio tiempo señalar á éste límites legales; de manera que sin embarazar ni debilitar su acción, ejerciesen los pueblos una razonable influencia en el curso de los negocios; y sobre todo, si podrían conservar el derecho que tenían ya adquirido de vigilar la inversión de los caudales públicos. Es decir, que se trataba de evitar las escenas sangrientas de las revoluciones, y los abusos y desmanes de los privados.

Para que los pueblos pudieran por sí solos conservar esta influencia, era necesario que contaran con un recurso indispensable para tales casos, recurso de que en general estaban muy faltos: la inteligencia en los negocios públicos. No es esto decir que entre los comunes no hubiera cierta clase de conocimientos, pero es menester no olvidar que la palabra *público* acaba de levantarse á una altura muy superior, porque no limitándose su significado á una municipalidad, ni á una provincia, á causa de la centralización que en general iba prevaleciendo, se extendía á todo un reino, y aun este no aislado, sino en relación con todos los demás pueblos.

Desde entonces empezaba ya la civilización europea á presentar ese carácter de generalidad que la distingue; desde entonces, para formar verdadero concepto de un negocio en un reino, era menester elevar y extender la vista, dar una mirada á la Europa entera, y tal vez al mundo. Ya se ve que los hombres capaces de tanta elevación de miras no debían de ser muy comunes; y además era natural que atraído lo mas ilustre de la sociedad por

el brillo que rodeaba el trono de los reyes, se formase allí un foco de inteligencia que podía pretender exclusivos derechos al gobierno. Si con este centro de acción y de inteligencia encarais al pueblo solo, todavía débil, todavía ignorante, ¿qué sucederá? bien fácil es conocerlo; pues jamás prevalecieron la debilidad y la ignorancia, sobre la fuerza y la inteligencia. ¿Y qué medios había para atajar este inconveniente? Conservar la religión católica en toda Europa; conservar de esta manera el influjo del clero; porque nadie ignora que este se hallaba todavía con el cetro del saber.

Cuando se ha enlazado el Protestantismo por haber debilitado la influencia política del clero católico, no se ha reflexionado bastante sobre la naturaleza de ella. Difícil fuera encontrar una clase que tuviera afinidades con los tres elementos de poder, intereses comunes con todos ellos, sin estar exclusivamente ligada con ninguno. La monarquía nada tenía que temer del clero; pues que los ministros de una religión que mira al poder como bajado del cielo, mal podían declararse enemigos del real, que como hemos visto era la cabeza de todos los demás. La aristocracia tampoco tenía que recelar del clero, mientras se limitase á un círculo razonable. Al alegar sus títulos de propiedad con respecto á sus riquezas, y sus derechos á cierta consideración y preferencia, no se viera contrariada por una clase que por sus principios é intereses no podía ser enemiga de cuanto estuviera encerrado en el ámbito de la razón, de la justicia y de las leyes. La democracia, y entiendo ahora por esta palabra la generalidad del pueblo, había encontrado á la época de su mayor abatimiento, el mas firme apoyo, el mas generoso amparo en la Iglesia: y ella que tanto había trabajado por emanciparle de la antigua esclavitud, por aligerarle las cadenas feudales, ¿cómo podía ser enemiga de una clase á quien miraba como á su hechura? Si el pueblo había mejorado su estado cívil, lo debía al clero; si había alcanzado su influencia política, lo debía á la mejora de su situación, y esta mejora era debida al clero: y si á su vez el clero tenía en alguna parte seguro apoyo, había de ser en esta misma clase popular, que estaba con él en continuo contacto, y que de él recibía todas sus inspiraciones y enseñanza.

Además, la Iglesia tomaba indistintamente sus individuos de en medio de todas las clases, sin que exigiera para elevar á un

hombre al sagrado ministerio, ni títulos de nobleza, ni riquezas; y esto solo era bastante para que el clero tuviese con las inferiores, relaciones muy íntimas, y que no pudieran estas mirarle con aversion ni desvío. Échase pues de ver que el clero, ligado con todas las clases, era un elemento excelente para impedir el prevailecimiento exclusivo por parte de ninguna de ellas, y muy á propósito para que se mantuvieran todos los elementos en cierta fermentacion suave y fecunda, que andando el tiempo produjese una combinacion natural y sazónada.

No es esto decir que hubiesen faltado desavenencias, contiendas, quizás luchas; cosas todas inevitables mientras los hombres no dejen de ser hombres; pero ¿quién no ve que entonces fuera imposible el espantoso derramamiento de sangre que se hizo en las guerras de Alemania, en la revolucion de Inglaterra, y en la de Francia?

Se me dirá quizás que el espíritu de la civilizacion europea se encaminaba por necesidad á disminuir la excesiva desigualdad de clases; yo lo confieso; y aun añadiré que esa tendencia era muy conforme á los principios y máximas de la religion cristiana que recuerda de continuo á los hombres su igualdad ante Dios, que todos tienen un mismo origen y destino, que nada son las riquezas y los honores, que lo único que hay de sólido sobre la tierra, lo único que nos hace agradables á los ojos de Dios es la virtud. Pero reformar no es destruir; para remediar el mal no se debe matar á quien lo padece. Se ha preferido derribar de un golpe lo que se podia corregir por medios legales; falseada la civilizacion europea con las funestas innovaciones del siglo xvi, desconocida la legítima autoridad hasta en las materias que le eran mas propias, se han sustituido á su accion benéfica y suave los desastrosos recursos de la violencia. Tres siglos de calamidades han amaestrado un tanto á las naciones, manifestándoles cuán peligroso es, aun para el buen éxito de las empresas, el encomendarlas á los duros azares del empleo de la fuerza; pero es probable que si el Protestantismo no hubiese aparecido como manzana de discordia, todas las grandes cuestiones sociales y políticas estarían mucho mas próximas á una resolucion acertada y pacífica, si es que no hubiesen sido resueltas mucho tiempo antes (12).

---

## CAPITULO LXV.

---

La ciencia política mas moderna se lisonjea de sus grandes adelantos en materia de gobiernos representativos; y nos dice de continuo que la escuela donde habian recibido sus lecciones los diputados de la Asamblea constituyente, nada entendia de achaque de constituciones políticas. Y bien, comparando las doctrinas de la escuela dominante con las de su predecesora, ¿cuál es la diferencia que las distingue? ¿en qué puntos están discordes? ¿dónde está el ponderado adelanto? La del siglo xviii habia dicho: “el rey es naturalmente el enemigo del pueblo; su poder, es necesario ó destruirle enteramente, ó al menos cercenarle y limitar de tal manera, que se presente en la cima del edificio social, con las manos atadas, y solo con facultad de aprobar lo que sea del agrado de los representantes del pueblo.” ¿Y qué dice la escuela moderna, ella que se precia de mas adelantada, que se aplaude de no haber despreciado las lecciones de la experiencia; que se gloria de haber dado en el blanco señalado por la razon y el buen sentido?”

“La monarquía, dice, es una verdadera necesidad para las grandes naciones europeas; sea lo que fuere de los ensayos hechos en América, estos han de sufrir todavía la prueba del tiempo; y además, habiéndose verificado en circunstancias muy diferentes de las nuestras, nunca pueden ser imitadas por nosotros. El rey no ha de ser mirado como enemigo del pueblo, sino como su padre; y lejos de exponerle á la vista pública con las manos atadas, es necesario presentarle rodeado de poder, de grandor, y hasta de magestad y de pompa; porque de otro modo no será posible que el trono llene las altas funciones que le están encomendadas. El